



Tengo el gusto de presentar a los católicos de la Arquidiócesis de Managua el libro: “Un nuevo lenguaje. Guía de estudio a la teología del cuerpo de Juan Pablo II”, que es la versión en español preparada por Elida Zelaya Solórzano de la obra original en inglés: “A New Language. A Study Guide on John Paul II’s Theology of the Body” de la Dra. Mary Shivanandan. El libro es una excelente guía de lectura y de reflexión a las magníficas catequesis que sobre el cuerpo humano ofreciera a la Iglesia Juan Pablo II durante varios años en las audiencias generales. Estructurado en diversas sesiones de estudio grupal, en la que los participantes van siendo guiados en la reflexión y vivencia de la antropología cristiana a la luz de la Biblia y del Magisterio de la Iglesia, el mismo formato del libro es de una gran riqueza pedagógica.

La Constitución Dogmática *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II resume la visión que la Iglesia tiene y anuncia sobre el cuerpo humano: “Unidad de alma y cuerpo, el hombre sintetiza en sí mismo, por su misma condición corporal, los elementos del mundo material, el cual alcanza por medio del hombre su más alta cima y alza la voz para la libre alabanza del Creador (cf. Dan 3,57-90). No debe, por tanto, el hombre despreciar la vida corporal, sino que, por el contrario, debe tener por bueno y honrar a su propio cuerpo, como criatura de Dios que ha de resucitar en el último día” (n. 14).

Lo que llamamos “cuerpo” y “alma” no son dos realidades distintas que se dan en nuestro ser, ni como dos estratos o niveles que pudieran limitarse en su interior. El hombre y la mujer son seres corpóreos, espíritus encarnados que actúan y se manifiestan en todas sus expresiones somáticas. El ser humano es un alma *encarnada*, o bien, un cuerpo *animado*, que es lo mismo.

Por eso el cuerpo humano es una realidad radicalmente distinta de cualquier otro fenómeno viviente. No posee sólo una dimensión orgánica, sino que constituye el medio por el cual el ser humano se revela y se comunica. Está henchido de un simbolismo impresionante, pues hace efectiva una relación personal, sostiene y condiciona la posibilidad de todo encuentro y comunicación. Es la ventana por donde el espíritu se asoma hacia afuera, el sendero que utiliza cuando desea acercarse hasta las puertas de cualquier otro ser, la palabra que posibilita un encuentro. Su tarea no consiste principalmente en realizar unas funciones biológicas, indispensables sin duda para la propia existencia, sino en servir, sobre todo, para cumplir con esta otra tarea: la de ser epifanía de nuestro interior personal, palabra y lenguaje que posibilitan la comunión con los demás.

El cuerpo humano es algo más que un conjunto anatómico de células vivientes. No es, pues, una simple realidad biológica, una mera fuente de placer, una imagen que admira y seduce, sino un símbolo que descubre al ser que lo habita y dignifica. En las relaciones interhumanas existe siempre el riesgo de quedar seducidos por el encanto y la atracción que también nos brinda, sin llegar hasta el interior de la persona que con él se nos comunica y manifiesta.



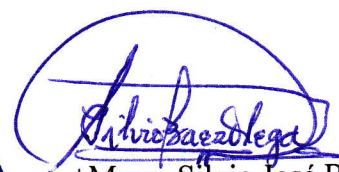
Pertenece intrínsecamente al simbolismo del cuerpo la condición sexual de toda persona humana. El sexo como fuerza de atracción, como tendencia hacia el otro o hacia la otra, como experiencia gratificante o como impulso vital, pertenece a la esencia de nuestro ser corpóreo. Sin embargo, la sexualidad no puede quedar encerrada en su epidermis gustosa, sino que debe llevar al diálogo y al encuentro con la otra persona. Cuando el cuerpo y la presencia del otro vienen simplemente a llenar un vacío, el lenguaje del cuerpo pierde todo su contenido humano y enriquecedor.

La persona humana, cuerpo animado y alma encarnada, ha sido creada a imagen y semejanza de Dios (Gen 1,26-27), con una estructura semejante a la de Dios, que le hace ser en su esencia más íntima: dinamismo de amor. Capaz de crear y dominar, pero también capaz de dar y darse en modo ilimitado, a tal punto que no encuentra la plenitud del gozo sino en la vida de comunión con los demás. De ahí que la corporalidad y la sexualidad alcancen su plenitud solamente en una relación de afecto y de amor.

A la luz de Cristo sabemos además que la persona humana no sólo es imagen de Dios, sino que está llamada a participar de la misma naturaleza divina (2 Pe 1,4; Rom 6,5); recibiendo el Espíritu de Cristo no vive ya en el temor del esclavo sino en la libertad amorosa de hijos e hijas que viven abiertos a Dios (Rom 8,14-15); vivificada por el Espíritu, habiendo entrado en la dinámica de la fe, espontáneamente se abre al amor y da frutos de amor (Gál 5,6).

Es mi mayor deseo que todos los lectores de este libro, guiados por el Espíritu Santo y por la sabia palabra de Juan Pablo II, puedan saborear los tesoros inagotables de la antropología de la Biblia y de la Iglesia y vivir con libertad el misterio de su propia corporalidad abiertos a la comunión y al amor.




+Mons. Silvio José Báez
Obispo Auxiliar de Managua